

PEEVES

MIKE VAN WAES

PEEVES

LLEGARON PARA INCORDIAR

DESTINO

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Peeves*

© 2018, Texto: Mike Van Waes

© 2019, Traducción: Rosa Sanz

© 2020, Editorial Planeta S.A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

© Diseño de portada: HarperCollinsPublishers Ltd, 2018

© Ilustración de portada: Jammie Littler

Primera edición impresa en España: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22223-1

Primera edición en formato epub en México: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-6871-2

Primera edición impresa en México: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-6816-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

*A Madison, Jack y Evie.
La vida está llena de cosas; no permitan que las
pequeñeces se la estropee.*

MJWW

1

Las ratas de laboratorio

—¿Eres Steve? —me preguntó una voz sorprendentemente agradable.

Era mi primer día en mi nueva escuela, estaba sentado en el despacho del director esperando a que me enseñaran el centro, y trataba de decidir a qué silla debía acostumbrarme por si acaso me mandaban allí tantas veces como en mi anterior escuela. Ser el nuevo ya es bastante malo de por sí, pero encima me había trasladado a mitad de curso, que es como entrar al cine en plena película sin saber nada del argumento. Ya tenía un temblor incontrolable en la pierna, un indicio claro de que me agobiaba la idea de que un chico al azar tuviera que acompañarme todo el día obligado a ser simpático conmigo.

Supuse que me quedaría tirado antes de la tercera hora, pero entonces oí mi nombre. Y cuando levanté la mirada, vi una sonrisa. Pero una sonrisa de verdad, no forzada.

—Soy Suzie. Suzie Minkle. ¡Bienvenido a la escuela New Old Wayford!

Antes de que pudiera contestar, me puse rojo como un tomate y se me secó la garganta.

—Slim Pickings —murmuré, pero solo me salió un gruñido.

Ella ladeó la cabeza con curiosidad, agitando sus rizos oscuros como si tuvieran vida propia y estuvieran contentos de estar allí. Luego se echó a reír, pero no de mí.

—Entiendo que no estés muy entusiasmado, la verdad es que en este pueblo no hay mucho donde elegir.

La miré parpadeando como si intentara quitarme las telarañas de los ojos. Suzie era una de las pocas personas negras que había visto en la escuela, pero si se sentía fuera de lugar, no lo demostraba en absoluto. Llevaba una camiseta de los Twenty One Pilots debajo de una camisa de redecilla azul, pants y unas Doc Martens rojas. El conjunto le daba un aspecto relajado que la hacía parecer cómoda hasta un punto que yo creía imposible. Y, madre mía, qué bien olía. No sé qué sería, pero el jabón, la colonia o el champú era como un sople de aire fresco.

—No, decía que me llamo S-S-Slim —tartamudeé siguiéndola por el pasillo.

Y entonces, aunque no lo crean, me sonrió otra vez.

—Slim, qué nombre tan bonito. El mío suena a vecina pesada de telenovela, pero bueno, ya estoy acostumbrada.

A pesar de mis problemas para comunicarme como un ser humano, Suzie hizo que me sintiera aceptado, algo que no me había pasado nunca en mi anterior escuela, ni en ningún otro sitio. Para mi asombro, la chica parecía querer ser amiga de todo el mundo.

—Mis padres tienen un centro de yoga y bienestar, por eso creo que es importante practicar la meditación y la atención plena, ¿no te parece? —continuó ella.

Me gustó el sonido calmante de sus palabras, aunque no entendía lo que significaban, así que asentí. Quería mostrarme de acuerdo para que siguiera sonriendo. Por lo general, ver a una persona tan feliz me habría hecho desconfiar al instante. Habría empezado a devanarme la cabeza, a sospechar que ocultaba algo y a preguntarme si se estaba riendo de mí. Sin embargo, con Suzie lo creí sin más, no sé por qué. Supongo que, después de todo, se podía ser feliz de verdad. ¿Quién lo iba a decir?

En lugar de ir directamente a clase, me llevó a hacer un recorrido completo por la escuela. Y durante el trayecto, por los pasillos y al entrar en la biblioteca, el comedor y el gimnasio, saludaba a cada persona que se encontraba y me presentaba: «Él es Slim, el nuevo, y es genial». Yo nunca había visto nada igual; le caía bien a todo el mundo, incluso a mí. De hecho, me gustó desde el instante en que la vi. No vale la pena que lo niegue porque ya se habrán dado cuenta; y si no, ya se encargará de decirlo mi hermana Lucy, una bocona de primera categoría, que hará lo que sea para llamar la atención.

En ese momento, mientras caminaba con Suzie Minkle por la escuela secundaria New Old Wayford

como si fuera alguien normal, pensé que a lo mejor me libraba de volver a ser el bicho raro de la escuela. Con un poco de suerte, tal vez no me daban más ataques de ansiedad. Sobreviví sin problemas a las primeras horas y a la comida, ¡hasta pude sentarme al lado de Suzie en Álgebra! Cuando solo quedaban dos clases, pensé que quizá, solo quizá, podía salir algo bueno del divorcio, con el rollo de las dos casas, el traslado de la escuela y el hecho de que mi vida se hubiera echado a perder para siempre.

—Señor Pickings —dijo la señora Bowers en un tono exasperado que indicaba que no era la primera vez que me llamaba. ¿Por qué creerán los profesores que usar tu apellido los hace parecer más intimidantes? Nunca es así, pero menos aún con el sonsonete monótono de la señora Bowers, que aburría a sus propios lentes. Mis nuevos compañeros soltaron una risita al oír mi apellido, y sentí un familiar escalofrío de inseguridad en la espalda.

En mi antigua escuela ocurrió igual. Allí, el niño que se sentaba a mi derecha, Otis Miller, solía taparse la cara con el libro, se metía un dedo en la nariz, hacía como si me estuviera aventando mocos y murmuraba: «No te piques, Pickings» como si tuviera alguna gracia. Fue un gran alivio que su familia se mudara al otro extremo del pueblo y lo cambiaran de escuela. Por desgracia, un resoplido repugnante a mi espalda bastó para recordarme adónde lo habían mandado.

Entonces me di la vuelta, en cámara lenta como en una película de terror, y vi al larguirucho de Otis Miller agazapado en el pupitre de atrás.

—¡No te piques, Pickings! —me soltó con una sonrisa malévolamente y un dedo en la nariz.

Volví la vista al frente, sonrojado.

—Señor Pickings —repitió la señora Bowers—, como es su primer día, ¿por qué no se pone de pie y nos cuenta algo de sí mismo?

Debí haberlo imaginado. Aunque había disfrutado de varias horas de glorioso anonimato, resultaba imposible entrar en una nueva escuela sin que algún profesor sádico te torturara con una presentación innecesaria.

Me obligué a levantarme, con las piernas temblando. Todas las miradas recayeron en mí, despreciativas, expectantes, críticas. Alguien arrugó un papel. Otro resoplido ruidoso y repugnante de Otis. Después, susurros y risitas. Y un par de carcajadas ahogadas. Me quedé paralizado. Mi campo de visión se redujo y el aula se volvió borrosa. Quise que me tragara la tierra, pero no lo hizo. No tenía más remedio que decir mi nombre al menos. Cuando logré abrir la boca, seca como la cecina, noté que algo me caía en la nuca. Un pegote húmedo y viscoso.

Al voltear, vi que Otis estaba casi tan atónito como yo por haberme aventado un escupitajo de verdad, que ahora tenía pegado al cuello. Parecía evidente que no pretendía lanzarlo tan lejos, y no sabía qué hacer. Si sus resoplidos ya me daban asco de por sí, ahora tenía uno de sus gargajos en contacto directo con mi piel.

Intenté quitármelo, pero se me quedó pegado en la mano. Luego intenté arrojárselo a él, pero no había manera. Supe que el terror se iba a apoderar de mí en cuestión de segundos. Ve tú a saber qué clase de mi-

crobios nadarían entre las flemas de Otis Miller. Así pues, hice la única cosa que se me ocurrió en ese momento: colocárselo a Heather Hu, quien se sentaba delante de mí, pensando que se engancharía bien a su peinado perfecto.

No me acuerdo muy bien de lo que sucedió después, pero se oyeron gritos y se produjo una estampida. Más de una persona dijo: «¡Un gargajo!». Yo me quedé clavado al suelo frío y agrietado, presa del pánico. Recuerdo el sonido de los zapatos en movimiento, el entrec chocar de las sillas, un montón de gritos que formaron un rugido atronador. Cerré los ojos con fuerza. Y cuando los abrí de nuevo, todo estaba borroso. Mis compañeros se habían convertido en un monstruo enorme y rugiente. Me encogí todo lo que pude, deseando estar en cualquier otra parte.

De repente, mi deseo se hizo realidad y la señora Bowers me llevaba de la oreja al despacho del director. Mi ansiedad había disminuido lo suficiente para permitirme respirar otra vez.

—No cabe duda de que ha dejado usted una primera impresión indeleble, señor Pickings —me dijo, como si fuera yo el culpable—. Aunque no muy buena, precisamente.

—Me aventaron un gargajo, ¿qué quería que hiciera? —me justifiqué, como si un ataque de nervios fuera la única respuesta posible tras recibir un proyectil mocososo en la nuca.

—Haber usado un pañuelo —respondió ella en tono cansado.

Después se recolocó los lentes en la nariz y salió dando un portazo.

Me senté en la misma silla coja en la que había empezado la jornada escolar e intenté calmarme mientras esperaba oír a la enfermera Nellie arrastrar los pies por el pasillo con un Valium infantil. En ese momento me acordé de que la enfermera Nellie no trabaja en esta escuela y de que yo había dejado el medicamento. No sé si mis padres avisaron al director de mis problemas de salud ni si le proporcionaron mis recetas para emergencias. No están muy concentrados últimamente. Además, la secretaria no estaba en su silla, y la puerta del despacho del director estaba cerrada. Me habían dejado solo con mis pensamientos.

Enseguida pensé en Suzie y me alegré de que no hubiera estado presente durante mi numerito, pero recordé que conocía a todo el mundo y supe que no tardaría mucho en enterarse. Hasta era posible que alguien lo hubiera grabado con el celular. «Me convertiré en un meme antes de que caiga la noche —dije para mis adentros—. Esto me amargaré la existencia incluso en la preparatoria. Siempre seré Pickings el que se pica, y todos se reirán de mí hasta el fin de los tiempos.»

Antes, el corazón me latía a mil por hora y era incapaz de controlarme. Ahora se me da mejor calmarme, pero, en aquel entonces, cada vez que me entraba el pánico creía que me iba a quedar así toda la vida. Era como caer a un pozo sin fondo. Estaba histérico. Enfadado. Muerto de vergüenza. Y muy deprimido. Había tenido la oportunidad de ser normal —o parecerlo—, pero la eché a perder. A lo grande. En menos de un

día, mi vida en mi nueva escuela se había convertido en mi vida en mi antigua escuela.

En un momento dado, la secretaria gruñona y arrugada que olía a manteca y aromatizante volvió de la fotocopidora y me encontró triste y solo.

—El nuevo ha vuelto —le anunció al señor Waters, quien abrió la puerta, se alisó los pantalones de cuadros, se apretó la corbata a juego y me hizo entrar a su despacho, donde me soltó una charla acerca de los nuevos comienzos, la adaptación y la importancia de darme una oportunidad a mí mismo.

Sin embargo, yo estaba demasiado ido y no seguía una palabra de lo que decía. Había entrado en la fase de recuperación habitual después de un ataque. Me sentía atontado, y no podía articular más que algún «sí», «es cierto» y «eso haré». Con el tiempo he descubierto que los adultos necesitan saberse escuchados, aunque no tengas ni idea de lo que hablan. Así se tranquilizan y te dejan en paz mucho antes.

—He leído tu expediente y no me gustaría que tuvieras los mismos problemas que en tu antigua escuela, Steven —comentó el director inclinándose sobre su escritorio—. ¿Cómo prefieres que te llamen, Steven o Steve? ¿O tal vez Stevie? A mí siempre me ha gustado Stevie, pero es que soy muy fan de los Fleetwood Mac.

No sabía de qué me estaba hablando, pero era obvio que esperaba una respuesta, así que abrí la boca y le ofrecí demasiada información:

—Mi familia me llamaba Stevie cuando era un renacuajo al que nadie tomaba en serio, pero luego crecí, desarrollé mi personalidad y supongo que dejó de tener

tanta gracia. Así que empezaron a llamarme Slim, o sea, «flacucho», por lo delgado que soy. Creo que era un apodo cariñoso, pero también les parecía gracioso. A mí no me molesta, excepto cuando me fastidia, pero es que yo me molesto con facilidad. Y no sé, la verdad es que hay poco donde elegir, porque casi todo me molesta, y por eso me quedé con Slim Pickings. No es que sea un gran nombre, pero es el mío, y supongo que usted también puede llamarme así.

El señor Waters se quedó mirándome un rato con la boca abierta. Como mucha gente con la que hablo, no sabía cómo responderme. Creo que ambos nos alegramos de que mi padre irrumpiera en ese momento.

—Hola, Slim —dijo con el aire de cansancio y decepción al que estaba acostumbrado.

Llevaba puesto un traje, por lo que supe que tendría una reunión importante después, o había tenido que irse de una.

Papá acababa de presentarse al director cuando entró mi madre a toda prisa, histérica y llena de preguntas.

—Slim, ¿qué pasó? ¿Qué problema hay? —Se calló en seco al ver a mi padre—. ¿Qué... qué estás haciendo aquí? Hoy me toca a mí, Dale —prosiguió sacando el celular para comprobar su agenda.

Mi madre es la reina de las listas y los horarios, aunque los últimos meses no había estado muy concentrada que se diga.

Mi padre se frotó la barba incipiente, que le daba un aspecto estresado y que se había convertido en una característica permanente de su rostro, y contestó:

—Y ¿qué importa? Me tuve que salir del trabajo.
Mi madre no pudo evitar puntualizar:

—Y yo también.

El señor Waters me mandó fuera para que me sentara en la silla coja y cerró la puerta. No oía lo que estaban diciendo, pero a través del cristal esmerilado veía que mamá y papá estaban teniendo una conversación muy seria con él. En realidad, parecía más una terapia de pareja que otra cosa, y me estaba poniendo nervioso otra vez. Por eso, cuando la secretaria gruñona se distrajo, aproveché para salir y tomarme un respiro. Cosa que hice, durante medio minuto más o menos.

—Muy bonito, mocososo —me dijo Lucy acercándose a mí y pegándose el teléfono a la cara. Mi vida pasó literalmente ante mis ojos. O, mejor dicho, el capítulo más reciente. Tal y como sospechaba, mi ataque se había viralizado antes de que sonara el último timbre—. Me lo mandó mi amiga Maya. Menos mal que fue después de que me presentara al equipo de fútbol femenino y me invitaran a su pijamada de este fin de semana, porque si no, me habría dado una pena que te mueres.

Cómo no, ella ya había hecho amigos.

Lucy es mi hermana pequeña, pero se me hace raro llamarla así ya que es casi tan alta como yo. Hermana menor sería más correcto. Solo tiene diez años, pero según nos dijo el señor Felcher, sudando y tartamudeando durante la embarazosa clase sobre educación sexual en mi antigua escuela, los chicos maduran más tarde que las chicas.

Nos comparen como nos comparen, casi siempre sale ganando Lucy: ella es fuerte, yo soy un enclenque;

ella está muy centrada y yo tengo la cabeza en las nubes; ella se desenvuelve con gracia, yo me ahogo en un vaso de agua. Parafraseando a mi padre una vez que no sabía que lo estaba escuchando, Lucy «tiene un par de pantalones», aunque no fue «pantalones» lo que dijo.

¡Riiing!

Cuando sonó el último timbre, los alumnos salieron disparados de las aulas cual vómito, lo que, unido al hecho de que todos se estaban riendo de mí, me produjo náuseas.

—¡Hola, amigui! —gritó la que supuse que era la nueva mejor amiga de Lucy, Maya Rodríguez, algo inaudito teniendo en cuenta que se habían conocido ese mismo día. Esta siguió parloteando—. Me encantan tus jeans, y tu mochila, y tienes que decirme dónde te compraste las botas para que las llevemos todas las del equipo. ¡La pijamada de este fin de semana va a ser lo máximo!

De verdad que no hacía falta que me recordaran que Lucy no tenía los mismos problemas que yo.

—Te has hecho famoso en un solo día. —Al darme la vuelta, vi a Suzie riéndose de mi video y quise que me tragara la tierra—. No sufras, Slim —me animó con esa voz suya tan dulce—. Yo me di a conocer el año pasado después de sentarme sobre unas natillas de chocolate llevando pantalones blancos. Fui Suzie la Nalgascagadas durante meses, pero el ciclo siguió su curso. Tus quince minutos de fama se acabarán pronto.

Entonces me di cuenta de que no se estaba riendo de mí, sino sonriéndome. Como si no fuera un apes-

tado social. A continuación, sacó una barrita orgánica, vegana, sin gluten, sin lácteos, sin frutos secos, sin azúcar y 100% natural y le dio un bocado como si no pasara nada.

No sabía qué decir, pero deseaba decir algo con toda mi alma para que no se fuera. Al final, mi boca produjo unos sonidos parecidos a «¿está bueno eso?». Me temo que lo dije muy alto y muy rápido y me puse rojo. Luego le solté otra perla:

—Eeeh... A mí también me gustan las barritas.

Entonces aspiré su aroma característico y la cabeza me dio vueltas como un programa de computadora que se está cargando. Cuando salí del trance, me percaté de que estaba contándome algo.

—Y están hechas con ingredientes integrales naturales. Mis padres dicen que son mucho más sanas que los alimentos ultraprocesados, que son todo productos químicos. De hecho, están pensando en venderlas en su centro de bienestar, ¡y así podría comerme todas las que quisiera! Aunque tampoco lo haría, porque lo más importante es mantener el equilibrio, ¿verdad?

Creo que asentí con la cabeza.

—Yo solo como cosas naturales. ¡Odio los productos químicos de los alimentos ultraprocesados! —grité. Me daba igual no saber lo que estaba diciendo. Estaba hablando con una chica. Y no era cualquier chica, sino Suzie Minkle, con aquellos ojos brillantes y aquella sonrisa que tal vez yo había contribuido a crear.

—¡Ja! —se rio mi hermana, lo bastante alto para que Suzie lo oyera—. Antidepresivos, ansiolíticos, es-

estimulantes, psicofármacos —recitó, nombrando la gama completa de medicamentos milagrosos que había probado durante los últimos dos años. Y añadió—: Por no mencionar los dulces que sé muy bien que tienes escondidos en tu habitación. Eso es puro azúcar.

La sonrisa de Suzie se redujo un poco, pero no desapareció.

—No tienes que fingir que te gustan las mismas cosas que a mí. Yo también como dulces —confesó, pero entonces vio su autobús y salió corriendo hacia él, a la vez que gritaba—: ¡Hasta mañana!

Y así, el delicioso olor se fue con ella.

Y yo me quedé a solas con Lucy y su sonrisita soberbia.

Acto seguido, salieron papá y mamá, lo que me recordó que al menos no tendría que sufrir la humillación de volver a casa en autobús. Noté que se habían puesto de acuerdo para llevarse bien durante un momento y centrarse en mí. Tenían una expresión lastimera en el rostro, como si fueran ellos los culpables de mi tontería.

—¿Cómo estás, Slim? ¿Tienes algún síntoma de síndrome de abstinencia? —me preguntó mi madre con ese tono maternal que deben de enseñar a los padres en el hospital antes de que se lleven a sus hijos a casa—. ¿Escalofríos? ¿Sofocos? En cualquier caso, seguro que te sientes mal.

Por suerte, no sentía nada de eso. Me pasó una respuesta irónica por la cabeza («Tomarme un descanso de los medicamentos es como estar de vacaciones, lo mejor son los cocteles en la hamaca y los paseos por la

playa»), pero mi lengua solo pudo pronunciar un «estoy bien».

—El incidente de esta mañana indica lo contrario —rebatió mi padre.

Y tenía razón. Todo era un desastre, pero no porque mi cerebro echara de menos las pastillas.

—Slim, ¿te encuentras mejor ya? ¿Necesitas un ansiolítico? —me preguntó mamá rebuscando en su bolsa sin éxito—. Vaya, los olvidé en la obra.

Papá soltó un bufido.

—¿Qué obra, Leslie? ¿Te refieres a nuestra casa?

Mamá suspiró.

—Sí, nuestra casa. Pero ya no es nuestra, la vendimos, y los nuevos dueños me contrataron para hacer la remodelación. Es mi trabajo, Dale. Así es como le doy de comer a nuestros hijos.

—¿Y yo no?

—No dije eso.

—Lo insinuaste.

—Mira, lo único que quiero saber es si puedes quedarte con ellos o no. Ahora no es seguro que estén en la obra... en la casa, mientras estén fumigando.

No me parecía nada justo que se pusieran a fumigar justo después de habernos ido. ¿Acaso estaba bien que nosotros tuviéramos que convivir con toda clase de plagas, pero unos desconocidos no? Aunque, pensándolo mejor, tal vez hacía falta que eliminaran nuestros rastros antes de que pudiera entrar a vivir otra familia. Tal vez tendrían mejor suerte que nosotros. O quizá acabarían igual. ¿Quién sabe? ¿Le importa a alguien?

Lucy y yo subimos al Jeep de papá para alejarnos de la discusión. Mientras cerraba la puerta, mi hermana me dijo:

—Te metiste tantas pastillas que no me extraña que produzcas efectos secundarios.

Estuve tentado de negarlo, pero sabía que en parte era cierto. Había tomado cinco medicamentos distintos desde que tuve el primer episodio. Un par de ellos me ayudaron una temporada, pero todos producían reacciones distintas, y efectos secundarios. Algunos me daban dolor de cabeza, otros me secaban la piel, otros me producían insomnio, y uno hacía que empeoraran todos los síntomas. Qué genial. Los médicos insistían en que había que ir probando, pero más bien parecía ir tropezando.

—De acuerdo, llamaré a la psicóloga —le dijo mi padre a mi madre a la vez que se sentaba en el asiento del conductor—. Yo me encargo de todo —refunfuñó para sí al cerrar la puerta.

El verano pasado, después de separarse, papá pasó un mes en un motel antes de mudarse a un departamento «temporal» de dos habitaciones, que amuebló con la mitad de nuestra antigua casa. No sé por qué, pero se llevó la cómoda de su dormitorio, el sofá de la sala y una mesita que teníamos en el sótano. Mamá se quedó con todas las lámparas. ¿Por qué? Ni idea. Además, el hecho de que el departamento solo tuviera dos habitaciones significaba que Lucy y yo teníamos que compartir cuarto cuando nos quedábamos con él, lo que sin la menor duda suponía un castigo poco frecuente y cruel.

La situación era un poco mejor en el caso de mamá, quien se mudó a una de las casas muestra de la urbanización que estaba construyendo en la zona más exclusiva de Old Wayford. Si he de ser sincero, creo que en Connecticut no hacen falta más urbanizaciones, sobre todo de esas en las que todas las casas son iguales. Aun así, era un sitio muy bonito y con mucho más espacio que el departamento de papá, pero no daba la sensación de hogar. A excepción de unas cuantas lámparas, mamá no conservó nada de la antigua casa. Y encima, los posibles compradores entraban a todas horas, así que apenas podíamos poner nuestras pertenencias para que al menos pareciera que vivíamos allí. Me sentía como un objeto decorativo y no dejaba de preguntarme si la historia habría sido distinta si no hubiera dado tantos problemas durante los dos años anteriores.

—Esto no va a funcionar —dije en voz alta, más que nada para mí.

—Pues bueno. Entonces será como antes —replicó Lucy.

Fuera, los autobuses empezaban a salir y mamá nos dedicó una sonrisa forzada y se despidió con la mano, como hacen los padres cuando piensan que pueden engañarte para que creas que todo va bien. Conozco de sobra esa expresión, porque yo mismo la he perfeccionado con el tiempo.

Papá encendió el motor y puso la radio.

—Justo a tiempo para la hora pico. Voy a llegar tarde a la sesión del grupo de sondeo, así que les toca venirse a trabajar conmigo —explicó—, ¡qué ilusión!

Su comentario sarcástico fue recibido con un silencio. Si con lo de «qué ilusión» se refería a sentirse como una rata de laboratorio en un experimento mal diseñado llamado vida, lo había logrado. Ojalá hubiera sabido entonces lo cierta que iba a terminar siendo esa analogía.

Antes pensaba que los descubrimientos científicos descabellados eran cosa de las películas.

Pero luego fui a Clarity Labs.